

6 julio 1917



Ángeles y microbios (Recogido en "De esto y de aquello," tomo IV)

A.—¿Y cuál es el ángel de España?

B.—¿Cómo?

A.—Dico San Clemente Alejandrino en sus *Stromata* que hay por divina y antigua ordenación distribuidos ángeles según pueblos; que cada uno de éstos tiene el suyo, y que por los ángeles inferiores dió el Señor la filosofía a los griegos. ¿Qué nos dió a nosotros, los españoles, y por qué ángeles, inferiores o infimos? Porque no parece que nuestro ángel sea superior y, ni siquiera medio.

B.—Mistiquerías son esas en que tú, con demasiado arregosto, te engolfas. No creo que se trate de ningún ángel, sino más bien de algún microbio.

A.—Me temí que dijeras de alguna bestia.

B.—Por aquello de Pascal, sin duda. Y un pueblo, en efecto, es, lo mismo que un hombre, un ángel montado en una bestia. Pero aquí se trata de otra cosa, y es de nuestro microbio diferencial. Antójase que el principio de tipificación de cada pueblo es un microbio especial; que hay el microbio de la raza.

A.—Ingeniosa ocurrencia, y que no sirve mas que para arredrar la dificultad sin resolverla. Pues siempre quedarán por aplicar las diferencias entre el microbio español o de la españolidad, el inglés, el alemán, el francés, el chino... Si dices que el negro es negro, y el blanco blanco, y el amarillo amarillo, por el microbio específico de la negrura, la blancura o la amarillez, siempre te queda por explicar cómo estos microbios se han diferenciado.

B.—Pero el llevar la dificultad a lo muy pequeño, a lo microscópico, parece que nos alivia de su peso, como les aliviaba a los antiguos del peso de tener que explicarse las diferencias de suertes entre los hombres, el llevarlas a la conjunción de los astros que presidió a sus nacimientos, a lo muy grande, a lo telescópico. Y el que nacía bajo malos astros vivía siempre des-astroado o astroso. Digamos, pues, para salir del paso y a la vez para pasar el tiempo, que la culpa de nuestros desastres los tiene el microbio de la españolidad.

A.—¿No dijo acaso una vez el formidable humorista que ha sido Pompeyo Gener, que la inferioridad de los españoles de las mesetas centrales—inferioridad por definición—, respecto a los de las costas, se debía a que en esos altos páramos el aire es pobre en argón? Y el argón no es ningún ángel.

B.—Ni es tampoco ningún mieribio. Pero yo me atengo a mi ocurrencia, que no he de llamar teoría, del microbio etnogénico. Y cualquiera que venga de fuera, de otra raza, si llega asimilarse ese microbio se hace español al punto. Como se hace inglés, o francés, o alemán, o ruso el español que llega a asimilarse el microbio etnogénico de esos pueblos. No te quepa duda de que se trata de un microbio. ¿O es que cada enfermedad no da un cierto tono y aire al carácter de los enfermos? ¿Es que no hay una psicología especial del tuberculoso, y del avarioso, y del artrítico, y del alcohólico, y del diabético?

A.—Acaso más bien habría que ir a buscar las diferencias de carácter entre los pueblos en la enfermedad predominante en cada uno de ellos. Pues si hay un grupo de enfermedades, sean a, b, c, d y e, que se dan en una





cierta proporción media en el género humano todo, la proporción de cada una variará, dentro de la proporción media general, en cada uno de los pueblos. Y así he oído asegurar a un amigo mío que la psicología de tal pueblo europeo es psicología de artrítico, y la de tal otro, de alcohólico, y la de aquel, de avariósico, y la de este, de hepático.

B.—Y alguna de hambriento.

A.—¿No lo dirás por el nuestro?

B.—No, no lo digo por el nuestro, a pesar de la leyenda—que hoy no es otra cosa—del hambre española. Si es que no nos referimos a un hambre heredada. Porque la inspiración de nuestra novela picaresca es el hambre, o, por lo menos, el ayuno. Hay mucha más afinidad de lo que parece entre el *Dómíno Cabra* y *Don Quijote*. Nuestra virtud radical la sobriedad, no es ningún ángel.

A.—No, ni ningún microbio.

B.—¡Claro! Lo negativo no puede ser ni ángel ni microbio. Y la sobriedad es una virtud negativa.

A.—De negaciones está hecha nuestra alma nacional.

B.—¡Más bien de abnegaciones!

A.—¡Quién sabe!.. Y el colmo y còpeta de ello, el culto al dolor. Al dolor sabroso, que dijo Santa Teresa. El culto al dolor propio, y no pocas veces al ajeno.

B.—Di más bien el arregosto, la voluptuosidad de él. Y es la fuente de mucho de ese que llaman pesimismo y no es sino lujuria espiritual del duelo.

A.—¡Y qué bien lo expresó un español españolísimo, ciudadano y poeta romano, el cordobés Marco Anneo Lucano!

B.—¿Cómo?

A.—En el libro IX de su «*Farsalia*», crea recordar que en los versos 111 y 112, al contarnos el duelo de Cornelia por la muerte desesperada de su marido, el gran Pompeyo, nos dice que «estrechamente abrazada por fiero dolor se goza en las lágrimas y quiere antes que al marido, al huto».

*Salvumque arete complexa dolorem  
perfruitur lacrimis, et amat pro coninge luctum.*

Esta «perfrucción de lágrimas» y este «amor del duelo» son hondamente característicos. ¡Y no es el instinto suicida, no! El suicida se quita a las veces la vida por no sufrirla, mientras que el asceta busca el sufrimiento del vivir.

B.—¿Realmente al sufrimiento?

A.—No lo sé... no lo sé... Hay extrañas perversiones. Y con esto relaciono la manía de quejarse, la quejumbrosidad, y con ella la quisquillosidad y la recelosidad. Y quién sabe si la envidia... Pero dime, tú, el materialista, ¿la envidia se debe también a algún microbio?

B.—Tú, el espiritualista, crearás, sin duda, que se debe más bien a un ángel, al ángel de la envidia.

A.—¡Claro está! Al demonio. Los demonios no son más que ángeles de envidia. Lo diabólico es lo envidioso. No hay más diabolicidad que la envidia. Diablo quiere decir acusique. Y el Infierno no es más que la envidia. ¡A ver ese microbio!..

B.—No, la envidia no se debe a un microbio. La envidia es una secreción interna.

A.—Otra qué tall!

B.—La envidia es la secreción interna del amor propio, de la ambición. Cuando la ambición, cuando el amor propio se vierte hacia fuera produce y lleva a cabo grandes proezas, hazañas magnánimas, y buscando el héroe su propia gloria e historia hace las de los demás. Pero cuando la ambición, estrefida y apretada por el temor al fracaso y al ridículo, se encierra en el alma en que brota, conviértese en envidia. El envidioso es un tímido, un vergonzoso, un pobre espíritu que cesa y se arredra ante el ridículo. El que dice a cada paso, y venga o no a cuento, «de mí nadie se ríe!», suele ser un envidioso. El envidioso es, por lo común, un varón grave y hasta solemne. La gravedad, la solemnidad, la compostura aparatosa suelen ser síntomas de la envidia. Y a nadie envidia más el envidioso que al que sabe afrontar el ridículo. Nuestra castiza gravedad, nuestra *morgue*, es melliza de nuestra no menos castiza envidia.

A.—Y de la sobriedad ambas, sin duda.

B.—Sí, porque la gravedad es una sobriedad de espíritu. Y hay veces en que esa gravedad, en que esa solemnidad, pasa de lo sobrio espiritual para frisar en lo hambriento. Nada hay más solemne que el ayuno espiritual. El tonto de capirote es solemnisimo.

A.—Y ahí, ¿hay microbio?

B.—No; ni secreción interna tampoco. Acaso ángel.

A.—Ángel de la tontería... ángel de la tontería...

B.—¿Qué, no le hay?

A.—No le conozco.

B.—Y quedamos de todos modos sin saber qué ángel o qué microbio nos hace ser como somos a los españoles.

A.—¿Y no será más bien ángel y microbio a la vez?

B.—¡Ah! ¡Un ángel microbio! ¡El ángel de los microbios! ¡El microbio de los ángeles! Esto me trae a las mientes la terrible enfermedad de la micromanía. Que si hay hombres y pueblos atacados de megalomanía, los hay también infectos de micromanía o delirio de pequeñeces.

A.—¿Me lo quieres explicar?

B.—Otro día; hoy ya no.

Miguel de UNAMUNO

